

---

This is the **published version** of the bachelor thesis:

Alayeto Bretones, Abril; Rodríguez, Juan, dir. La figura del niño en tres relatos actuales sobre la guerra civil. 2013. 58 pag. (836 Grau en Estudis d'Anglès i Espanyol)

---

This version is available at <https://ddd.uab.cat/record/112528>

under the terms of the  license

# «La figura del niño en tres relatos actuales sobre la Guerra Civil»

Por Abril Alayeto Bretones

Tutor: Juan Rodriguez

Grado combinado en Filología Hispánica e Inglesa

4º curso

## ÍNDICE

Prólogo	3
El niño en la narrativa de la Guerra Civil	7
Análisis de dos perspectivas	14
El niño como víctima	15
El colegio	21
El niño como héroe	27
El secreto	32
Anexos	37
Mi abuela Glorita	38
7 años	45
Conclusión	53
Agradecimientos	55
Bibliografía	56

## PRÓLOGO

### *La verdad*

Lo que quiero explicarte es que la verdad es toda la verdad, y no sólo una parte. La verdad es lo que nos gusta que haya sucedido y, además, lo que ha sucedido aunque nos guste tan poco que daríamos cualquier cosa por haberlo podido evitar. [...] Sin embargo, hasta las personas más valientes, las más justas, las más honradas, interpretan la realidad de acuerdo con sus propias ideas sobre lo que es bueno y lo que es malo, lo que desean, lo que temen, lo que creen, lo que detestan. Y al hacerlo, fabrican su propia verdad.

*El lector de Julio Verne*

Almudena Grandes

La verdad es necesaria, por más que duela. La verdad, aunque sea trágica, nos hace fuertes. La verdad nos hace libres. La verdad es lo contrario que la mentira, el conocer la verdad es lo contrario que ignorarla, la verdad nos saca de la incomprensión. ¿Qué objetivo persigue el ser humano más que la verdad?

Sin embargo, hay que reconocer que la verdad no es siempre lo más importante. Mi padre nos ha contado alguna vez que cuando él y sus hermanos eran pequeños, su padre les solía relatar alguna de las aventuras que vivió durante la guerra. La verdad de lo que vivió seguramente incluía miedo, sangre y muerte. Él, en cambio, cuando sus hijos le pedían que les narrara alguna historia de guerra, les contaba cosas como que en el frente él lo que más hacía era dormir y estudiar. De hecho se sacó la carrera de Derecho estando en el ejército. Una de las historias que recuerda mi padre con más nitidez empieza con una fila larguísima de soldados caminando entre cánticos hacia Valencia hacia el final de la guerra. En un momento dado los soldados que se encuentran más atrás empiezan a escuchar gritos y suspiros de asombro... “¡Buaaaahh!” y “¡Oooooohhh!””. Entre asustados y expectantes el resto aguarda con nerviosismo el tramo en el que sus compañeros gritan, esperando el momento de empuñar su fusil, pero no se oyen disparos. ¿Qué hay allá a lo lejos? ¿Qué provoca tal revuelo? Nada más y nada menos que el mar, el inmenso mar que muchos de ellos, provenientes de tierras como Teruel o Zaragoza, no habían visto jamás hasta entonces. ¿Qué historia iba a servirle más a aquellos niños? ¿Qué verdad iba a serles más útil? ¿Que cerca de aquél mar, en el puerto de Alicante, apenas unas semanas atrás, hombres como mi bisabuelo materno intentaron huir para zafar la muerte? ¿O que a un regimiento de soldados, en su mayoría jóvenes, el fin de la guerra les permitió maravillarse con la inmensidad del océano en su primer encuentro?

En su libro *La inteligencia emocional*, Daniel Goleman introduce un capítulo en el que teoriza sobre las repercusiones psicológicas que sufren aquellas personas que se ven envueltas en un episodio violento. En su apartado “Trauma y reeducación emocional” reflexiona sobre la razón por la cual los niños, tras una vivencia trágica, rememoran lo vivido repitiéndolo, haciendo de ello un juego. Los niños españoles durante y tras la guerra, a falta de juguetes, inventaban juegos macabros en los que cada uno representaba su papel como torturador, torturado, soldado en un pelotón de fusilamiento o condenado a muerte. Películas y novelas sobre el conflicto nos muestran este tipo de entretenimiento, como *Si te dicen que caí* de Juan Marsé, novela en la que los niños juegan a torturar a las niñas huérfanas de la parroquia de Las Ánimas o la película *La hora de los valientes* de Antonio Mercero, en la que vemos cómo Pepito se queja por representar siempre al fusilado mientras sus amigos le increpan diciéndole que “se muere” muy mal. Finalmente fallece al querer

demostrar su valentía cogiendo un explosivo de unas ruinas en las que le habían acusado de cobarde. Aun así, a pesar del peligro que entrañan y del morbo que los envuelve, según Goldman este tipo de juegos son parte de un mecanismo de autodefensa que los niños utilizan para superar el trauma que tales experiencias hayan podido causarles. Reviviendo y, en ocasiones, cambiando el final de tal experiencia, la trivializan y les ayuda a convivir con ella. Algo parecido estaría haciendo mi abuelo paterno al recordar con sus hijos lo vivido durante la guerra. Al parecer, cuando éstos le preguntaban cómo eran las batallas, él les contaba a modo de chiste la historia de Hans y Pepe: como los alemanes habían venido a luchar en la guerra, los españoles, que sabían que la mayoría de ellos tenían nombres como “Hans” o similar, les llamaban “¡¡Hans!!”, y cuando uno de ellos se levantaba y miraba más allá de la trinchera gritando “¿¡Qué!?”... ¡¡Pum!! Le pegaban un tiro. Los alemanes, que habían aprendido la lección, intentando pagarles con la misma moneda gritaban al rato... “¡Pepe!” o “¡Paco!” (y es que en España había muchos Josés y Franciscos), a lo que éstos contestaban sin levantarse... “¿¡Quieres algo, Hans?!” y ¡¡PUM!!, otro Hans, pensando que le habían reconocido, se levantaba y recibía un disparo. Y por supuesto, mis tíos, mi padre e incluso mi abuelo se mondaban de risa. Creo que de alguna manera, el reducir la guerra a una historieta que podría haber sido sacada de cualquiera de los monólogos del mismo Gila, generalmente inventadas y con tintes fantásticos, ayudaba a mi abuelo a hacer su verdad asimilable, a relativizar las imágenes trágicas que de seguro se repetían en su cabeza como en los juegos de los niños. ¿Eran verdad? No, no lo eran, quizás alguna sí, pero la verdad no era lo realmente importante en esas circunstancias.

A mi bisabuelo paterno, al que llevaban a fusilar en una fila de hombres supuestamente por leer un periódico “de derechas” durante la guerra, le salvó la vida un amigo suyo de izquierdas al sacarlo de la misma. A mi bisabuelo materno, los buenos comentarios de sus vecinos y la ausencia de informes negativos de algún hombre simpatizante del bando nacional le salvó de la muerte una vez acabada la guerra. Mi abuelo paterno, con apenas dieciocho años, fue reclutado por el ejército nacional pues su hermano mayor, Timoteo, debía quedarse para trabajar la tierra y sacar así adelante a su familia. Mi bisabuelo materno, aunque en otros frentes, luchó por la República y, al igual que su mujer, estuvo preso por sus ideas. No conocí ni a unos ni a otros, tan sólo a mi bisabuela Martina, pero era yo todavía tan pequeña que apenas tengo recuerdos de ella. Cada uno defendió su verdad, una verdad que después algunos tuvieron que esconder por dañina o peligrosa. O ni si quiera eso, pues como dice mi padre “una de las verdades de la verdad es que dentro de los dos bandos, de las dos Españas que nos hielan el corazón, una gran mayoría no hubiera empezado una guerra y se vieron atrapados en un conflicto que jamás hubieran deseado”. Podría estar más de

acuerdo con unos que con otros, simpatizar más con una de estas dos verdades que mis familiares defendieron ya fuera por convicción o porque las circunstancias así lo decidieron. Lo que no podría es querer a unos más que a otros.

La verdad, a pesar de no ser lo más importante en algunas ocasiones, es como ya he dicho necesaria. Quizás no para unos niños de apenas siete años que han tenido la suerte de no vivir una guerra, pero sí para los adolescentes y los adultos en los que se convertirán. Si bien es cierto que todo depende del ojo que mira, de la boca que narra, en España hubo una verdad incuestionable: la persecución y violencia ejercida contra personas por tener unas ideas contrarias al régimen de Franco. A día de hoy, tras décadas de una democracia cómplice del “Pacto de silencio” acordado por unos pocos, los crímenes cometidos durante la Guerra Civil y el Franquismo siguen impunes. Al margen de la verdad personal de cada uno, aquella que por ejemplo me hace querer a mis abuelos y bisabuelos por igual independientemente de sus ideas e incluso de sus actos, existe una verdad irrefutable que sigue silenciada a nivel institucional. Por los niños y las niñas de la guerra. Por sus padres, madres, tíos, amigas caídas. Porque la narrativa de la guerra aspira a rescatarles del olvido, pero con el recuerdo no basta. Porque no nos conformamos con que se sepa, exigimos que se reconozca.

*La verdad es toda la verdad y no sólo la parte que nos conviene.*

**El niño en la narrativa de la Guerra Civil:  
Diferentes perspectivas adoptadas tanto en Literatura como en Cine**



“We”- this “we” is everyone who has never experienced anything like what they went through- don't understand. We don't get it. We truly can't imagine what it was like. We can't imagine how dreadful, how terrifying war is; and how normal it becomes. Can't understand, can't imagine.<sup>1</sup>

*Regarding the pain of others*

Susan Sontag

---

<sup>1</sup> También citado en Cuñado, I. (2007) Despertar tras la amnesia: guerra civil y postmemoria en la novela española del siglo XXI, *Dissidences. Hispanic Journal of Theory and Criticism*, 3.1, p. 125 disponible en <<http://www.dissidences/guerracivilpostmemoria.html>> [fecha de consulta: 15 de abril de 2013].

En su estudio “Los niños de la Guerra Civil”, Alicia Alted Vigil recuerda que alrededor de los años ochenta los niños que vivieron la guerra empiezan a predominar en las investigaciones que tienen como objetivo reconstruir este episodio de la historia de nuestro país (2003, 45). Empieza en aquellos años una ola de biografías y relatos personales (predominantes en la novela de las últimas décadas) de aquellos niños que, ya de adultos, se deciden a contarle al mundo su historia. Apenas una década más tarde surge el fenómeno conocido como el “Boom de la Memoria”<sup>2</sup>, la publicación de numerosos textos sobre el conflicto en forma de ensayo, artículo, novela o guión de cine que, junto a la creación de plataformas y asociaciones por la recuperación de la Memoria Histórica, reabren el debate sobre la condena de los crímenes del Franquismo

*La guerra persistente. Memoria, violencia y utopía: representaciones contemporáneas de la Guerra Civil española* de Antonio Gómez-Quiñones plantea las razones del éxito y del “boom” de este tipo de literatura en la escena Española, “¿por qué ahora?, ¿por qué a mediados de los años noventa la Guerra Civil se convierte en un eje del mercado editorial, cinematográfico y cultural español?” (2006, 14). No le tiembla el pulso a la hora de ofrecer respuestas, pues asegura que este tipo de literatura “resulta rentable para una industria cultural como la española”, a la que considera “un sector comercial que ha crecido enormemente en los últimos quince años, integrándose plenamente en una economía neoliberal” (Ibídem). Isabel Cuñado, quien en su ensayo “Despertar tras la amnesia: guerra civil y postmemoria en la novela española del siglo XXI” respalda las sospechas de Gómez-Quiñones, sugiere que además de haberse convertido en un éxito comercial, se ha hecho de esta narrativa “un drama que entretiene, informa, y hasta apacigua las conciencias” (2007, 3). Advierte Cuñado que, si bien la recuperación de la memoria histórica es necesaria, la forma en que ésta se está llevando a cabo a nivel narrativo es ambigua. Según la escritora, diversos textos sobre el tema muestran el conflicto como “liquidado y caduco”, negando su vigencia en un presente en el que las heridas del pasado todavía siguen abiertas. Concluye que estas narrativas son “síntomas mal disfrazados de una amnesia aún no superada”, cómplices del “Pacto de silencio” que el gobierno impuso a la sociedad y que la mayoría de los libros sobre la guerra, aunque saquen a la luz estos hechos, siguen sin reivindicar la necesidad de que se juzguen. Fernando Roncero Moreno<sup>3</sup> llega a la misma conclusión en su estudio “La Guerra Civil vista a través del cine español de ficción: una mirada desde la democracia”, en el que asegura que “en el ambiente cinematográfico también pesa la llamada 'amnesia histórica', fruto del espíritu conciliador de la transición política”

---

<sup>2</sup> David, M. (2005) Is Spain Recovering the Memory? Breaking the *Pacto del Olvido*. Human Rights Quarterly, 27, p.867

<sup>3</sup> Roncero Moreno, F. (2009) La Guerra Civil a través del cine español de ficción: una mirada desde la democracia. Publicaciones de la Universidad de Castilla-La Mancha. España.

(2009, 4). Por otro lado, la recuperación de la Memoria Histórica ha estado limitada por el uso político que se ha hecho de la misma por los dos partidos “mayoritarios” de España. El Partido Popular, que podría considerarse ideológicamente continuista del Régimen, nunca ha estado interesado ni en recuperar ni en juzgar los crímenes de la dictadura. Paralelamente El PSOE, aunque haya simpatizado con las iniciativas que se han llevado a cabo, no ha proporcionado el apoyo necesario para que éstas pudieran llevarse a cabo realmente. El “Boom” es, por lo tanto, el resultado de la presión ejercida por la sociedad y la cultura para reivindicar aquello que desde el gobierno se obvia y se niega. En cualquier caso, aunque en los últimos años haya predominado el cine para niños y jóvenes sobre la Guerra Civil, José Belmonte (2013) subraya que “en todas ellas, casi sin excepción, la voz narrativa, el punto de vista, corre a cargo de un adulto” (137). Es decir, no se nos muestra cómo los niños vivieron la guerra, sino cómo los adultos creen que los niños la vivieron y, en el mejor de los casos, cómo esos niños una vez adultos recuerdan su infancia.

En lo que a literatura se refiere, en la última década se han publicado diversos trabajos que tratan las diferentes penurias a las que tuvieron que enfrentarse aquellas personas que sufrieron la guerra durante su infancia. En *El otro árbol de Guernica* (2005), Luis Castresana narra las experiencias de un grupo de jóvenes españoles que pasan la guerra en otro país y viven el conflicto, con inquietud, desde lejos. En *La gloria de los niños* (2007), Luis Mateo Díez retrata la desolación de aquellos niños a los que la guerra separó de su familia aún sin haber sido llevados al extranjero, pues ésta se encontraba en paradero desconocido debido al caos y a la incomunicación que por diversas razones reinaba en España. Ana R. Cañil refleja en su novela *Si a los tres años no he vuelto* (2011) la miseria en la que vivían aquellos niños que habían nacido o que vivían con sus madres en la cárcel y la violencia que sufrieron por parte de las celadoras. También habla del robo indiscriminado de bebés, entregados a familias pudientes o a instituciones religiosas, quizás uno de los aspectos más trágicos de la novela. No creo que haya nada más terrible que te roben a un hijo y lo eduquen para odiarte, o que simplemente no te reconozca. Para concluir, *Ayer no más* (2012), novela de Daniel Trapiello, muestra cómo lo vivido durante la guerra todavía le quita el sueño a esos niños ya ancianos, cómo el pasado les ha perseguido de por vida y cómo su corta edad no les permitió comprender y, de esta forma, superar lo entonces vivido. En una encuesta realizada por El País, el texto de Trapiello se ha erigido como ganador a la mejor novela de 2012 seguida de cerca por *El lector de Julio Verne* (Almudena Grandes), novela cuyo protagonista es de nuevo un niño.

Ricardo Colmenero en su ensayo “Del posicionamiento a la reconciliación: una visión del cine actual sobre la guerra civil” asegura que gracias a este medio se han dado a conocer aspectos de este episodio histórico que de otra manera hubiesen resultado desconocidos para el gran público

(2008, 35). En especial para el público joven, para las generaciones en edad educativa, ya que éstos han adoptado el cine como parte de su cotidianidad (2013, 215). Así lo afirma Otto Roberto Yela Fernández en su estudio “Infancias vulneradas en las guerras civiles de España y Guatemala. Una revisión desde el cine”, añadiendo además que el hecho de que los protagonistas de tales historias sean niños responde a la voluntad de que los jóvenes espectadores se identifiquen con estos niños, en su gran mayoría retratados como figuras nobles y comprometidas con su realidad social (2013, 217). No es de extrañar que gran parte de las películas estrenadas en España, especialmente sobre la guerra, hablen del mundo de la infancia. En la entrada en el siglo XXI ha predominado este tipo de cine, con documentales como *Los niños de Rúsia* (2001) de Jaime Camino y películas como *El espinazo del diablo* (2001) de Guillermo del Toro o *El viaje de Carol* (2002) de Imanol Uribe<sup>4</sup>. Especialmente cargado estuvo el año 2010, con el estreno de *Ispansi* de Carlos Iglesias, *Pájaros de papel* de Emilio Aragón y *Pa negre* de Agustí Villaronga, ganadora del premio Goya a la mejor película española del año.

Tanto en cine como en literatura, los autores de este tipo de narrativa se han servido de diversas perspectivas desde las que tratar el tema. El abanico es muy amplio y abarca géneros, motivos, símbolos y demás instrumentos literarios con los que mostrar la infancia en la guerra como un lugar de incomprensión y sufrimiento, pero también de lucha:

Richard Mills sugiere en su estudio “Perspectives of childhood” que el cuento de hadas y la narrativa fantástica ha sido utilizadas reiteradamente en este tipo de historias debido a su capacidad para ayudar al lector a comprender y enfrentarse a una realidad con la que le resulta difícil lidiar (2000, 16). En su trabajo “Ghostly Affinities: Child Subjectivity and Spectral Presences in *El espíritu de la colmena* and *El espinazo del diablo*” Sarah Thomas indaga, a partir de dos películas, en el motivo de la aparición unido al mundo de la infancia. Según la escritora existen muchas historias del conflicto que utilizan la figura del niño como vehículo para ofrecer una interpretación alegórica y simbólica de la historia nacional (2011, 1), especialmente a través del uso de espectros. Los protagonistas de las dos películas que analiza en su escrito se interesan y tienen contacto con una visión fantasmagórica. En *El espinazo del diablo*, Carlos ayuda al espíritu de Santi, un niño también huérfano que había sido asesinado en el orfanato al que acaba de llegar y que se le aparece reiteradamente en busca de justicia. En *El espíritu de la colmena* Ana ayuda a un maquis que se ha refugiado en un pajar al que ella se acerca a jugar de vez en cuando y busca su espíritu una vez éste muere, al que se imagina y recrea en más de una ocasión. El propósito de mostrar tal relación entre

---

<sup>4</sup> Información contrastada en:  
[http://www.uhu.es/cine.educacion/cineyeducacion/historia\\_guerracivil.htm#Desde\\_2010\\_a...](http://www.uhu.es/cine.educacion/cineyeducacion/historia_guerracivil.htm#Desde_2010_a...)

la figura del fantasma y los niños de ambas historias reside, por un lado, en la mutua exclusión del fantasma y del niño de la sociedad, de un entorno que los ignora, que los margina (2011, 10). El fantasma es la representación alegórica del pasado de España, el cual regresa reiteradamente a un presente que le tiene olvidado y que no le deja descansar tranquilo. El fantasma representa la herida abierta de nuestra historia, la cual perdura sin cicatrizar. El hacer al niño interactuar con estos espíritus, dice Thomas, responde a la voluntad de mostrar el conflicto desde una perspectiva más afectiva, con unos ojos inocentes y ajenos al mundo adulto, invitando al espectador a ver las cosas de forma diferente, de forma más “abierta” y pura, y por tanto consiguiendo que éste empatice más con lo que lee, ve o escucha (2011, 9). Aunque no utilizan el motivo del fantasma, otras narraciones como la película *El laberinto del fauno* (2006) de Guillermo del Toro o la novela *Paraíso inhabitado* (2008) de Ana M<sup>a</sup> Matute sirven al niño, en este caso a las niñas, del mundo de la fantasía para que se expliquen a sí mismas aquello de lo que los mayores hablan y no les saben explicar para que ellas lo comprendan. Se trata de un tipo de relato en el que, como escribe Néstor Bórquez (2011), “prevalece la mirada “extrañada” del niño que no puede- y muchas veces no quiere-desentrañar los misterios de los mayores” (161)

Recientemente también se ha abordado el tema de la Guerra Civil mostrando este periodo como el peor de los contextos en el que un niño puede crecer, ya que se convierte en testigo de actos violentos y deshonrosos, del odio y la miseria que abunda en este tipo de situaciones, y acaba aprendiendo, asumiendo y aplicando lo vivido. Ejemplo de ello es *Pa negre* (2010), en la que su protagonista, profundamente decepcionado por sus padres, acaba sacando la conclusión de que no merece la pena luchar por ninguna idea porque éstas acaban por corromperse y no te dan de comer. Para sobrevivir hay que cobijarse bajo el árbol que mejor sombra te brinde. Una lección totalmente contraria se ofrece en *Cielo abajo* (2005) de Fernando Marías Amondo, novela en la que un joven huérfano que sueña con ser aviador acepta trabajar como espía para el bando nacional pero acaba abandonando tal misión y ayudando a las personas que han conseguido hacer de él una persona más sabia y honrada. Este tipo de historia podría incluirse entre aquellas que presentan al niño como un héroe, como un ejemplo moral en una sociedad corrompida. *El viaje de Carol* (2002) de Imanol Uribe sería también ejemplo de ello, al tratarse de una película en la que su pequeña protagonista se rebela contra las injusticias con las que se encuentra en su viaje a España en plena guerra. Por último, aunque ello no significa que no existan más perspectivas desde las que se ha abordado el tema, destaca la narrativa que presenta al niño como la verdadera víctima del conflicto. En este tipo de historias suele destacarse la desolación y el abandono en el que se vieron envueltos los niños durante la guerra. *Insensibles* (2012) de Juan Carlos Medina, nos cuenta la historia de unos niños

que durante la guerra nacen insensibles al dolor y son usados y sometidos a todo tipo de pruebas y actos vejatorios. En cualquier caso, esta historia en concreto tiene una moraleja que se acerca a lo que Isabel Cuñado reivindicaba en su trabajo antes citado y que Javier Ruiz de Arcaute ve planteado en este filme: “un debate sobre nuestro cine y la historia reciente, y es que sin entender el pasado sólo podemos vivir un presente incompleto”<sup>5</sup>; a lo que añade que “la plenitud del presente implica remover los hechos dolorosos del pasado, sacar a la luz verdades que, precisamente por serlo, trastocan nuestra comprensión del presente y condicionan también nuestro futuro”. Evidencia, así, esta historia la relevancia de los hechos pasados en el presente y la necesidad de resolverlos, de tomar parte al respecto y solucionar un problema todavía sin resolver.

---

<sup>5</sup> RUIZ DE ARCAUTE, J. (2013) “Insensibles”. *Las horas perdidas*. Crítica. 16 de junio 7:42h <http://www.lashorasperdidas.com/index.php/2013/06/16/insensibles/>

**Análisis de dos perspectivas:**

*El lector de Julio Verne, Los girasoles ciegos y La lengua de las mariposas*

## **El niño como víctima**



[...]

Y una mañana todo estaba ardiendo  
y una mañana las hogueras  
salían de la tierra  
devorando seres,  
y desde entonces fuego,  
pólvora desde entonces,  
y desde entonces sangre.  
Bandidos con aviones y con moros,  
bandidos con sortijas y duquesas,  
bandidos con frailes negros bendiciendo  
venían por el cielo a matar niños,  
y por las calles la sangre de los niños  
corría simplemente, como sangre de niños.

¡Chacales que el chacal rechazaría,  
piedras que el cardo seco mordería escupiendo,  
víboras que las víboras odiaran!

Frente a vosotros he visto la sangre  
de España levantarse  
para ahogarnos en una sola ola  
de orgullo y de cuchillos.

Generales

traidores:

mirad mi casa muerta,  
mirad España rota:  
pero de cada casa muerta sale metal ardiendo  
en vez de flores,  
pero de cada hueco de España  
sale España,  
pero de cada niño muerto sale un fusil  
con ojos,  
pero de cada crimen nacen balas  
que os hallarán un día el sitio  
del corazón.

Preguntaréis por qué su poesía  
no nos habla del sueño, de las hojas,  
de los grandes volcanes de su país natal.

¡Venid a ver la sangre por las calles,  
venid a ver  
la sangre por las calles,  
venid a ver la sangre  
por las calles!

*Explico algunas cosas*

Pablo Neruda

*En los malos tiempos, los niños crecen deprisa. Los de mi infancia fueron los peores, y a los nueve años yo ya tenía muy claro que no quería ser guardia civil.*<sup>6</sup>

Reflexiona Nino, o más bien Almudena Grandes, en *El lector de Julio Verne* sobre la velocidad a la que pasa la infancia ante los niños que viven una guerra. Como una bala, se escapa y desaparece sin apenas ser vista o impacta sobre su inocencia haciéndola añicos. Alicia Alted Vigil ha recopilado en diversos ensayos las trágicas vivencias a las que estuvieron sometidas aquellas personas a las que les tocó vivir su infancia durante la Guerra Civil española. En uno de ellos, “Los Niños de la Guerra Civil”, asegura que en el siglo XX los conflictos bélicos han hecho de la población civil, en concreto de los niños, su principal víctima. Como dato ilustrativo señala que de los fallecidos durante la Primera Guerra Mundial el 5% era población civil y que en la Segunda Guerra Mundial el porcentaje ascendió al 60%. Como apunte final añade que en la última década del pasado siglo dicho porcentaje había alcanzado un 90% (2003, 45). Las cifras son desgarradoras y evidencian una nueva forma de hacer frente a un conflicto bélico, una nueva forma de hacer caer al enemigo, solo que tal enemigo en la mayoría de los casos, de haberlo, desconoce totalmente su pecado. Las cifras aportadas por Alted Vigil, por un lado, me hacen compadecer a aquellos que pierden la vida sin siquiera estar en el campo de batalla, pero al mismo tiempo me hacen pensar en los que la pierden precisamente allí viéndose obligados a quitar vidas que no les pertenecen, generalmente en contra de su voluntad. Me pregunto si hay muertes que se deban llorar más que otras. La muerte de un inocente, ya sea como combatiente o no, con uniforme o sin, siempre será injusta. Pero lo verdaderamente trágico, más allá de la muerte misma, es el no saber, la incompreensión. El ignorar qué has hecho mal para que quieran matarte o simplemente destrozarte la vida, ya que la muerte en algunos casos no es lo peor que puede pasarte.

En España la guerra no acabó en 1939, al menos no el sufrimiento. Todavía hoy perdura en los niños y niñas que la vivieron, quienes no han podido olvidar el horror de aquellos años. Quien no quedó huérfano, quedó exiliado (por un tiempo o para siempre) o con graves secuelas físicas o psíquicas. En palabras de Alted Vigil “los niños que han sobrevivido a una guerra vivida de forma directa consideran que su infancia les fue robada, se ven a sí mismos, en cierto sentido, como una

---

<sup>6</sup> GRANDES, A. (2012) *El lector de Julio Verne*, Madrid: Tusquets, p. 33. En adelante, las referencias a *El lector de Julio Verne* se citaran (Grandes, X). Pueden aparecer citas a obras publicadas en el mismo año pero siempre especificando el apellido del autor. Lo mismo ocurrirá con *Los girasoles ciegos*, que se citará (Méndez, X) y con el relato *La lengua de las mariposas*, dentro del libro *¿Qué me quieres, amor?*, que se citará (Rivas, X).

generación perdida” (Ibídem, 48). Perdida o no, lo que sí que fue es una generación fragmentada que quedó anclada en el pasado de muy diversas formas: por convertirlo en el centro de su existencia o por el dolor y el rechazo que les provoca volver a éste. Asegura la escritora que una vez adultos les cuesta identificarse con aquél niño que un día fueron, al que consideran casi un extraño.

Alberto Méndez, en su obra *Los girasoles ciegos*, refleja el conflicto sentimental al que se enfrenta una persona afectada por las circunstancias anteriormente expuestas. Si bien la historia está construida a partir de tres voces narrativas, me centraré en la que da la palabra a un Lorenzo ya adulto que recuerda y reflexiona sobre lo que este ejercicio de introspección le provoca. El relato comienza por su voluntad de recordar todo aquello, por su interés en comprender lo que su memoria ha guardado y reconstruido a través del tiempo. Sin embargo, Lorenzo deja entrever desde un principio que tal voluntad ha estado hasta ese momento condicionada por el dolor que le provocaba pensar en su infancia: “Ahora ya puedo hablar de todo aquello, aunque me cuesta recordar, no porque la memoria se haya diluido, sino por la náusea que me produce mi niñez” (Méndez, 11). Lorenzo nos habla del trauma con el que ha cargado durante toda su vida e, intuyo, se propone tratar de superarlo hablando de ello, haciéndolo real, materializando en forma de palabras una parte de su vida que siente ajena: “Recuerdo aquellos años como una inmensidad vivida en un espejo, como algo que tuve la desdicha de sufrir y observar al mismo tiempo” (Ídem). En su ensayo “Figuras y significaciones del mito del doble en la literatura: Teorías explicativas”.<sup>7</sup> Juan Herrero Cecilia recoge, como el mismo título indica, el significado que ha tenido el símbolo del doble en la literatura subrayando la predominancia de éste en relatos fantásticos y en aquellos en los que se muestra “la tensión” entre lo lógico y natural y lo que resulta racionalmente inexplicable (2011, 21). El mismo Lorenzo, al recordar, tiene la sensación de que “todo era real pero nada verdadero” (Méndez, 138). Su vida estaba fragmentada en dos y él debía cruzar de un mundo al otro, de su casa a la calle y el colegio, interpretando dos papeles de dos obras teatrales diferentes: aquella en la que su padre estaba escondido en un armario y aquella en la que su padre estaba muerto. Si bien el exterior era aquél terreno peligroso que podía romper la “burbuja” en la que sus padres y él eran relativamente felices, la extrañeza que siente el Lorenzo adulto no es por cómo se comportaba fuera de casa, sino por el silenciamiento de las razones por las que su familia estaba condenada a esa doble vida: “Por la misma razón por la que nunca pregunté por qué mi padre vivía en un armario, dado que esas cosas ocurrían en la otra parte del espejo, nunca pregunté por qué mi madre dejó de acompañarme hasta el colegio” (Ibídem).

---

<sup>7</sup> HERRERO CECILIA, J. (2011) “Figuras y significaciones del mito del doble en la literatura: Teorías explicativas” Monografías de Çedille 2, 15-48 Universidad de Castilla-La Mancha

En su estudio “Literatura y poder: una representación simbólica de *Los girasoles ciegos*”, José Palomares reflexiona sobre la construcción dual de la obra. Según Palomares, este relato está creado a partir de dos oxímoron: luz/oscuridad y silencio/ruido. Lorenzo y su familia están condenados a guardar silencio pero curiosamente lo que de verdad les hace sobrecogerse es el ruido del ascensor porque cuanto más rato suena, más posibilidades hay de que alguien descubra a su padre. Por otro lado, su vida es un continuo de luces y sombras. Ricardo Mazo, el padre de Lorenzo, vive en completa oscuridad pues incluso su sombra reflejada a través de los cristales puede poner a su familia en peligro. Tras meses sin ver el sol, cuando Ricardo Mazo se acerca a la ventana, la luz le desorienta. Después de tanto tiempo escondiendo la verdad, cuando ésta sale a la luz, Lorenzo se siente perdido. Concluye José Palomares que “la ceguera de los girasoles simboliza, por ende, la tragedia de la desorientación” (2012, 141). Parece evidente que el rechazo que Lorenzo siente por recordar su infancia es consecuencia del miedo y el estrés, del silencio y la incompreensión de aquellos años.

La obra de Alberto Méndez no es la única dentro de la literatura española contemporánea en la que un niño o una niña de la guerra, una vez en su edad adulta, vuelve a su niñez en aras de entender o acaso encontrar aquello que le falta, aquello que en palabras del propio Lorenzo “sigue congelado en el instante de su desaparición ocupando su lugar en el pasado” (Méndez, 106). Obras como *El Sur* de Adelaida García Morales o incluso *Nada* de Carmen Laforet (esta última escrita durante la misma posguerra) son ejemplo de este tipo de narrativa. En *El Sur*, Adriana, como Lorenzo, vuelve al pasado para intentar comprender las circunstancias en las que su padre se suicidó. En el relato, que está narrado en primera persona y a modo de misiva, Adriana reflexiona sobre la relación que mantenía con su padre, la cual estaba fundamentada en silencios cómplices. Dicho silencio, al contrario de lo que sucede entre Lorenzo y su padre, no nace del miedo a ser escuchados, sino que es natural en su relación, su modo de comunicarse. En *Nada*, Andrea recuerda el episodio de su vida en el que viajó a Barcelona a casa de unos familiares buscando la libertad y la felicidad que en Madrid no había encontrado. Allí descubre verdades oscuras sobre su familia y se siente alienada por todo lo que le acontece y siente. Se recuerda a sí misma como una niña ausente, incomprendida, sola y desamparada. Sin embargo, en el final incluye una conclusión en cierto modo positiva, pues ya de adulta tiene la sensación de que la experiencia de aquellos años, aunque en su momento no lo viera así, le ha servido de un modo que le resulta difícil explicar.

En los tres casos se muestra al niño o la niña como la verdadera víctima del conflicto o al menos como una víctima por partida doble, ya que no sólo vivió la guerra, sino que sus recuerdos le atormentaron de por vida y le siguieron afligiendo incluso en su vejez. En todas ellas se da un salto en el tiempo para hacerles hablar ya en su edad adulta en la que, a través del recuerdo, regresan a su infancia y la reinterpretan en un intento por entender y superar la aflicción que ha marcado su vida desde entonces.

## **El colegio**

A Don Francisco Giner de los Ríos.

Cuando se fue el maestro  
la luz de esta mañana  
me dijo: Van tres días  
que mi hermano Francisco no trabaja.  
¿Murió? Sólo sabemos  
que se nos fue por una senda clara  
diciéndonos: Hacedme  
un duelo de labores y esperanzas.  
Sed buenos y no más, sed lo que he sido  
entre vosotros: alma.  
Vivid, la vida sigue  
los muertos mueren y las sombras pasan  
lleva quien deja y vive el que ha vivido.  
¡Yunques sonad; enmudeced campanas!

Y hacia otra luz más pura  
partió el hermano de la luz del alba,  
del sol de los talleres,  
el viejo alegre de la vida santa.  
Llevad amigos  
su cuerpo a la montaña  
a los azules montes  
del ancho Guadarrama.  
Allí hay barrancos hondos  
de pinos verdes donde el viento canta.  
Su corazón repose  
bajo una encina casta,  
en tierra de tomillos, donde juegan  
mariposas doradas.  
Allí el maestro un día  
soñaba un nuevo florecer de España.

*Cuando se fue el maestro*

Antonio Machado

La proclamación de la II República en abril de 1931 trajo consigo diversas iniciativas para convertir España en un país más libre y culturizado. Una de las principales reformas que se quisieron llevar a cabo, una de las más polémicas, fue la separación entre Iglesia y Estado. En su libro *La novela española de posguerra 1939-1975*, Jürgen Lang incluye un breve análisis de las medidas que permitirían a los españoles elegir, de tenerlas, sus creencias religiosas. En la constitución de 1931, en los artículos 3 y 25 a 27, se establece la no-oficialidad de la Iglesia Católica. Para Lang, la implantación de estas medidas privó a la República del apoyo de aquellos españoles que, sin ser fervientes creyentes, sí continuaban fieles y simpatizaban con la Iglesia, lo que traería graves consecuencias (1983, 15). En cualquier caso, según lo establecido en la constitución, entre otros, el derecho de la Iglesia Católica a impartir la enseñanza pública quedaba anulado. Paralelamente, diversos sectores del sistema educativo se encontraban en pleno proceso de creación e implantación de un nuevo “impulso pedagógico”. Juan Carlos Hernández Beltrán ha recogido a modo de homenaje las iniciativas que llevaron a cabo numerosos profesores durante la República. En su ensayo “Los maestros de la República. Memoria y olvido en tiempos de libertad” reivindica la labor de aquellas personas que sufrieron la purga de las instituciones franquistas siendo inhabilitadas para ejercer su profesión. Entre los logros que les reconoce tanto a ellos como a las instituciones pertinentes que así lo dispusieron destacan los proyectos de construcción de nuevos centros escolares, el establecimiento de inspecciones escolares reguladas, la política de formación pedagógica que debería tener todo el profesorado y la creación del Patronato de las Misiones Pedagógicas; que tendría como uno de sus principales objetivos el llevar la escuela y la educación a zonas rurales (2007, 154). Este mismo año se ha publicado la historia de Antonio Benaiges, uno de aquellos maestros que quisieron llevar la ilusión a las aulas de las escuelas rurales. Cuando los nacionales llegaron a Bañuelos de Bureba fue fusilado y se pretendió condenar al olvido su legado, algo que pese a sus esfuerzos no pudieron lograr pues esos mismos niños ya ancianos todavía le recuerdan con gran cariño.

Tras la Guerra Civil, una vez instaurado el Franquismo, nos encontramos con una escuela que poco tiene que ver con las reformas educativas que durante la República se habían promovido. Desde 1939, España vuelve a ser un Estado Católico y se le devuelve a las instituciones de esta religión el derecho a impartir clases en escuelas e incluso universidades públicas (Lang, 1983, 22). El papel de la Iglesia Católica durante la guerra fue muy importante, tanto que el bando nacional consideraba (o al menos decía considerar) este conflicto bélico una “Cruzada” por Dios y por España. Tal y como afirma A. Cazorla Sánchez en su estudio *Fear and Progress: Ordinary lives in Franco's Spain 1939-1975*, la Iglesia fue su aliado moral e instó al Vaticano a apoyar la causa y



deslegitimar con su autoridad al bando republicano (2010, 28). Cazorla Sánchez subraya en su trabajo la actitud hostil que la Iglesia tuvo y predicó durante y después de la guerra, pues pudo haber intercedido o hablado contra la represión pero se mantuvo en silencio en la mayoría de los casos (Ídem, 29).

El día a día en las escuelas de Franco se enmarcaba en una rutina litúrgica de adoctrinamiento religioso. Al empezar y al terminar, ya en el aula o en el patio, se cantaba brazo en alto y mano extendida algún himno franquista, generalmente el *Cara el sol*, himno de Falange. En muchos colegios se rezaba en algún momento a lo largo de la jornada. Las reprimendas normalmente consistían en la repetición de “padrenuestros” y “avemarías” cuando no en castigos físicos, en ocasiones soportando peso con los brazos en cruz como el mismo Jesucristo. Según Rafael Abella, quien recuerda la metodología educativa de aquellos años en su libro *La vida cotidiana bajo el régimen de Franco*, dichas prácticas engendraban en los niños que las sufrían un profundo rechazo a la Iglesia (1984, 108). De hecho, añade, una vez adultos recuerdan su infancia “entre rosarios sin fin, misas diarias, cánticos forzados, y sanciones sádicamente impuestas, como uno de los periodos más sombríos de su vida, justo en la edad más delicada, en el de su formación, en el tránsito de niño o niña, a hombre o mujer” (Ídem, 109).

En *Los girasoles ciegos* Alberto Méndez retrata de forma original e ilustrativa el ambiente represor al que Rafael Abella se refiere en su libro. El relato da voz al hermano Salvador, quien explica y justifica su modo de hacer; a un Lorenzo ya adulto, quien recuerda con angustia el estrés que le provocaba ir al colegio; y a un narrador omnisciente, que enmarca ambas narraciones en los acontecimientos que guían a Ricardo Mazo al suicidio. Macolm Hill y Kay Tisdall remarcan en su estudio *Children and Society* el papel fundamental que tienen las vivencias de un niño en la escuela en lo que se refiere a la formación de su identidad y su desarrollo intelectual (1997, 136). El ambiente que vive Lorenzo en su colegio es asfixiante, tanto que pide a sus padres que le permitan no ir o que le lleven a otro. Cada día supone un suplicio ya que su profesor le controla y acosa con constantes preguntas. El mismo hermano Salvador así lo confiesa en la carta en la que le anuncia a una autoridad eclesiástica que abandona su sacerdocio. En sus reflexiones, confiesa el modo en que trataba de adoctrinar y someter al pequeño Lorenzo: “No sé si prevaleció en mi la ira por su rebeldía o la dicha por la oportunidad de doblegar con mi autoridad a un hijo impío de un siglo sin fe” (Méndez, 113). No es casualidad, a mi parecer, que Ricardo Mazo fuera profesor de literatura durante la República, ya que su situación durante el relato representa la posición a la que fueron

relegados sus colegas de profesión: al olvido, la oscuridad y el silencio. La libertad y el conocimiento hacinados en un zulo escondido tras un armario empotrado.

Si bien Almudena Grandes evita tratar el tema de la religión en su historia, sí nos hace reflexionar sobre los cambios sufridos a nivel educativo en la España de la posguerra. Para ello nos presenta a dos tipos de profesores: una mujer que no puede ejercer debido a que ha sido inhabilitada por sus ideas y un hombre a quien el miedo a las represalias ha vuelto un cobarde y también un mal profesor. Doña Elena se ve obligada a dar clases a Nino en la clandestinidad, le introduce en el mundo de la literatura y le regala libros de aventuras como *La isla del tesoro* de Robert Louis Stevenson que le despiertan la curiosidad por saber de muy diversos temas como Geografía o Ciencia. Sin embargo, don Eusebio reprende a Nino cuando éste le hace un buen examen de historia en el que ha hablado desde una perspectiva que a los ideólogos del Régimen podría molestar, bajándole la nota y amenazándole con enseñárselo al inspector. En ningún momento le reconoce su esfuerzo ni le explica qué ha hecho mal, simplemente le espeta que no es lo que él ha explicado en clase; de lo cual podría aprender Nino que no se espera de él hacer un esfuerzo documentándose por sí mismo, sino que lo único que le va a servir en la vida es lo que escuche en las clases de don Eusebio, lo cual es la peor lección que un profesor puede darle a un alumno.

En cambio, *La lengua de las mariposas* nos presenta a un profesor que, a diferencia del hermano Salvador, tiene título y formación para ejercer y hace gala de la pedagogía y carisma que todo docente debería mostrar. Manuel Rivas y especialmente José Luis Cuerda en su adaptación cinematográfica del relato muestran el conflicto ideológico entre la escuela y la Iglesia, entre el catolicismo y el ateísmo, entre la motivación y el adoctrinamiento. En la película hay una escena en la que don Gregorio, el profesor, y el cura del pueblo tienen un breve y sutil intercambio de ideas con respecto a Moncho, quien a raíz de ir a la escuela ha dejado de interesarse por sus labores de monaguillo. Estando en la plaza, observando al joven Moncho, el cura le comenta al maestro “nidos tepentes absilent aves” (los pájaros abandonan la calidez de sus nidos), a lo que don Gregorio replica “libertad vivorum fortium pectora acuit” (la libertad estimula el espíritu de los hombres fuertes). En “La lengua de las mariposas: symbolism and nostalgia in an ideological context” Francis Lough analiza esta escena y concluye que dicho intercambio de impresiones simboliza y adelanta el conflicto ideológico en el que Moncho se verá inmerso más adelante (2007,156). Moncho, al que sus vecinos llaman Gorrión, está a punto de abandonar el nido y con él su dulce infancia. La libertad que pronto le será arrebatada no podrá estimular al joven y nos quedará la duda de si este conflicto le permitirá convertirse en el hombre fuerte del que don Gregorio habla. Sea

como fuere, la película nos muestra las nobles intenciones del maestro, quien buscando un libro para que su alumno siga aprendiendo durante el verano, en lugar de elegir *La conquista del pan* de Kropotkin, le presta *La isla del tesoro* de Robert Louis Stevenson, precisamente el mismo que doña Elena regala a Nino por su cumpleaños. Es decir, su intención, lejos de adoctrinar a Moncho, es incentivarlo en el amor por la literatura. En lo que a religión se refiere, don Gregorio se mantiene neutral y, al contrario que su madre, evita decirle a Moncho lo que debe creer.

Por otro lado, don Gregorio se sirve de un episodio de la Biblia para explicarles a sus alumnos la naturaleza del ser humano, para sacar de la misma una lección moral que les pueda ser útil. Cuando Moncho comenta en casa lo que el maestro les ha enseñado, su madre, que es muy religiosa, saca la conclusión de que el maestro, al contrario de lo que se rumorea por el pueblo, no es ateo. Más tarde, al preguntarle Moncho si el infierno existe su madre le dice que sí y, sirviéndose del miedo que éste le infunde, insta a su hijo a que se porte bien. Cuando Moncho le hace la misma pregunta a su profesor, éste rechaza enseñarle a partir de ningún tipo de temor y le sugiere que el infierno está en el odio y la crueldad de las personas: “a veces el infierno somos nosotros mismos”. En su ensayo, Francis Lough incluye una interesante reflexión sobre el motivo de Caín y Abel en el relato. En su opinión, a través de éste se desvela el ateísmo de don Gregorio (razón por la que se le condena, insulta y asesina) y, además, el relato se asemeja a la moraleja de este mito en el final, cuando la violencia que se le inflige a don Gregorio no viene sólo de los que le acusan, sino también de aquellos que decían apreciarle como el propio Moncho (Ídem, 160). Por otro lado, el mito de Caín y Abel mimetiza esta historia con lo que para muchos significó la Guerra Civil, un conflicto en el que personas de la misma familia (incluso hermanos) se enfrentaron y mostraron odio debido a sus ideas. La muerte de don Gregorio, al igual que la de Ricardo Mazo, simboliza el fin de la libertad, el fin del progreso a nivel educativo logrado por la Institución Libre de Enseñanza, y el renacimiento de una escuela en la que la falta de interés o de capacidad no se curaba con motivación, sino con jarabe de palo.

## **El niño como héroe**

Se tiene que tener coraje para cambiar las cosas que se pueden cambiar, serenidad para aceptar las que no se pueden cambiar e inteligencia para distinguir las unas de las otras.

Desconocido

Si bien en la narrativa española de las últimas décadas ha habido un gran interés por mostrar al niño como víctima de las dramáticas vivencias que desencadenó la Guerra Civil, no menos importante ha sido la narrativa del conflicto que ha mostrado al niño como una persona con capacidad de crear sus propios juicios morales por más que no cuente con largos años de experiencia en este mundo. Fay Sampson, en su ensayo “Childhood and twentieth-century children's literature”<sup>8</sup> incluye un breve análisis sobre este tipo de literatura, la cual no es únicamente característica de España sino que tuvo un gran impulso en diversos países a raíz de la Segunda Guerra Mundial (2000,68). En ella se presenta al niño librando su propia batalla dentro o tras un conflicto bélico, planteando la guerra como una lucha entre el bien y el mal reflejando al niño como una figura heroica (Ídem, 66). En aras de aportar un análisis lo suficientemente ilustrativo, creo necesario indagar en lo que la figura del niño y del héroe representan en la literatura y el propósito a nivel cultural y social que suscitó la idea de ponerle en la tesitura de luchar y posicionarse entre un bien y un mal concretos.

En su libro *Constructing and reconstructing childhood. Contemporary issues in the sociological study of childhood* Allison James y Alan Prout reflexionan sobre los estudios que de la infancia se han llevado a cabo durante el siglo XX así como del concepto que hoy en día se tiene de la niñez. ¿Qué es un niño? O mejor dicho, ¿qué se sobrentiende cuando nos referimos a “un niño”? Desde los años setenta, el paradigma que ha predominado en torno a estos estudios consiste en la idea de que la niñez es una construcción social (Mills, 2000, 4). Generalmente, sobre todo en las sociedades europeas, se considera al niño biológica y socialmente inmaduro (James y Prout, 1997, 3), se tiende a mostrar como incuestionable su dependencia del adulto relegándole así a una “exclusión protectora” de la sociedad por su propio interés, por su propio bien. Según James y Prout, esta visión del niño restringe su libertad y su competencia (Ídem, 87). Paralelamente, Hill y Tisdall aseguran que, si bien es cierto que los niños son en cierto modo dependientes y vulnerables, son personas con capacidad y puntos de vista a respetar (1997,19).

En *El lector de Julio Verne*, Nino nos hace saber desde un principio que él no quiere ser guardia civil como su padre. Diversas vivencias, como el viaje en tren en el que ve a un hombre exhausto y silencioso esposado a un guardia civil o la admiración que por los maquis tiene en secreto, a quienes incluso ayuda aunque nadie lo sepa, han hecho de Nino un niño que ya desde bien pequeño observa la realidad y la juzga por sí mismo sin dejarse llevar por lo que “debe” pensar

---

<sup>8</sup> Sampson N, F. (2000) en MILLS, J., MILLS, R. *Childhood Studies. A reader in perspectives of childhood*. London-New York, Routledge.

dadas sus circunstancias. A pesar de vivir en una casa cuartel rodeado de personas que le incitan a pensar de una manera determinada, Nino se deja aconsejar pero es capaz de decidir lo que le parece justo o no. En una escena en la que Nino y Pepe el Portugués conversan tras haber escuchado en el cortijo de las Rubias cómo doña Catalina acusaba a su padre de ser un asesino, este último apremia a Nino preguntándole “qué clase de persona quieres ser, vas a acatar la voluntad de los que mandan, o vas a ser capaz de no tenerla en cuenta” (Grandes, 222). Horas más tarde, ya en su cama, Nino reflexiona:

Yo no era como Paquito, no era como Alfredo ni como Miguel, y no sabía por qué, pero después de hablar con Pepe, había decidido pensar por mi cuenta, y eso me hacía menos idiota que ellos. Pensar era bueno, porque el pensamiento ahuyentaba a los cadáveres, transformaba en palabras y números a los asesinos y a sus víctimas, me obligaba a pensar en mí, ya no en los demás, y me imponía la necesidad de prometerme que yo nunca, jamás, por ninguna razón, ningún motivo, colaboraría, ni de cerca ni de lejos, en la desgracia, en el dolor, en la cárcel o en la muerte de nadie. (Ídem, 234)

Almudena Grandes construye un personaje que comprende cuán necesario es preguntarse el porqué de las cosas, analizarlas y juzgarlas por más que éstas vengan de una persona tan querida como un padre. Dicho personaje es un niño que no sobrepasa los diez años de edad, un niño cuya inteligencia y aptitud para discernir entre lo que está bien y lo que está mal es subestimada. La autora reivindica con su historia el derecho a opinar y la competencia de los niños, haciendo visible su papel dentro de la sociedad y evidenciando que éste es mucho más importante de lo que pensamos

Por otro lado, el protagonista de *Los girasoles ciegos* se ve en una situación que podría considerarse opuesta a la de Nino, ya que es en el colegio y no en su entorno familiar donde se le induce a pensar de una manera determinada; él mismo dice “mis padres tenían miedo de enseñarme lo que pensaban y yo tenía miedo de saber lo que pensaban”(Méndez, 138). Los padres de Lorenzo procuran darle poca información para no ponerle en problemas pero ignoran que su hijo comprende la realidad que le rodea incluso mejor de lo que él recuerda una vez adulto. Quizás Lorenzo no sabe muy bien qué desencadenó la guerra que encerró a su padre en el fondo de un armario, pero sí quiénes son sus enemigos. Sus enemigos son los policías que buscan a su padre y amenazan con forzar a su madre; su enemigo es su profesor, quien le persigue a escondidas cuando vuelve a casa del colegio y le obliga a cantar el *Cara el sol*. Alberto Méndez nos presenta a Lorenzo como un luchador, un insumiso que se revela ante su enemigo con el único arma que le queda: su silencio. De ahí que, cuando todos sus compañeros cantan, él sólo mueva los labios. De ahí que, cuando el hermano Salvador le descubre y le obliga a cantarlo, él se resista. En esta escena, el protagonista

queda reflejado como un héroe que rechaza ser doblegado por su enemigo y reivindica el papel de los niños en la guerra quienes, a su modo, supieron identificar a su enemigo y enfrentarse a él.

Lorraine Ryan, profesora de la Universidad de Birmingham, en su estudio “The Development of Child Subjectivity in *La lengua de las mariposas*”, afirma que en el relato de Manuel Rivas también se ofrece una visión del niño como un ser autónomo con una incipiente capacidad para interpretar y juzgar la realidad que le rodea (2012, 454). A pesar de que todo el pueblo insulta a los detenidos entre los que se encuentra su maestro, a pesar de que su familia hace lo propio y le insta a que lo haga, Moncho sabe que aquello no es justo. Como el resto de niños corre tras el camión que se los lleva tirando piedras, pero acaba gritando “iris” y “tilonorrinco”, pues no hay nada malo que él pueda decir de su profesor. Lorraine Ryan, por otro lado, asegura que la figura del niño en este tipo de historias es utilizada para despertar empatía por el bando republicano, ya que la inocencia de estos niños, los cuales se identifican con los ideales republicanos, muestra la violencia infligida a los vencidos como moralmente censurable (Ídem, 400). El utilizar al niño como protagonista en este tipo de narrativa facilita al escritor su propósito de hacer simpatizar al lector u espectador con su visión ética del conflicto, ya que como dice Ryan, al niño se le considera un ser indefenso y vulnerable y, por lo tanto, hace más evidente las injusticias a las que sus personajes son sometidos (Ibídem).



## **El secreto**

[...] las personas que guardan secretos durante mucho tiempo no siempre lo hacen por vergüenza o para protegerse a sí mismas, a veces es para proteger a otros, o para conservar amistades, o amores, o matrimonios, para hacer la vida más tolerable a sus hijos o para restarles un miedo, ya se suelen tener bastantes. Puede que simplemente no quieran incorporar al mundo la relación de un hecho que ojalá no hubiera ocurrido. No contarlos es borrarlos un poco, olvidarlos un poco, negarlos, no contar su historia puede ser un pequeño favor que le hacen al mundo.

*Corazón tan blanco*

Javier Marías

*El lector de Julio Verne* es, en palabras de su autora, un relato de aventuras. La aventura de un viaje hacia la pérdida de la ingenuidad con que nos envuelve la infancia. La historia de una aventura en la que el tesoro encuentra a quien ni siquiera le busca. El relato de Nino es la historia de un tesoro que, en lugar de en un cofre, estaba escondido en una caja de Pandora. En esta novela, así como en *La lengua de las mariposas* y en *Los girasoles ciegos*, su protagonista se ve obligado a guardar un secreto. Dicho secreto- o secretos - puede aparecer al inicio, en la mitad o al final del relato, pero es, creo, el elemento fundamental de estas tres historias ya que Nino, Lorenzo y Moncho son sus “guardianes” y, de salir a la luz, las consecuencias que tal secreto podría acarrear serían terribles para su familia, especialmente para sus padres: “Yo siempre había sabido lo que temía saber, y nunca había querido preguntar para no correr el riesgo de descubrirlo (Grandes, 234).

En su novela *Corazón tan blanco*, Javier Marías reflexiona sobre lo peligroso del saber, sobre la responsabilidad que éste con lleva, sobre aquello que sabemos pero que hubiéramos preferido ignorar, sobre las consecuencias que el saber tiene. En la novela de Almudena Grandes, como en la de Marías, el protagonista, sin quererlo, sabe; por accidente, escucha: “Escuché cómo apagaban la luz, cómo cerraban la puerta y cómo entraban en su cuarto, contiguo al mío, porque habían movido los tabiques tantas veces que las paredes de la casa cuartel eran muy finas, porosas como esponjas, y no sabían guardar secretos” (Ídem, 31). Nino vive en una casa cuartel en Fuensanta de Martos, un pueblo de la Sierra de Jaén en el que en 1947 la guerra todavía no había terminado. El protagonista de esta historia es hijo de un guardia civil cuyo principal cometido es atrapar a Cencerro y su cuadrilla, a los maquis que Nino admira en silencio: “Yo admiraba a otros hombres, desde lejos y en secreto, aunque me habría dejado matar antes de reconocerlo en voz alta” (Ídem, 52). El destino, o más bien la casualidad, quiere que Nino entable una gran amistad con Pepe el Portugués, militante del partido comunista encargado de coordinar la resistencia en la Sierra Sur. Nino, poco a poco, irá descubriendo su identidad secreta a la par que la importancia de guardar para sí tan peligrosa verdad. Por otro lado, ya que su padre cree que no crecerá lo suficiente como para ser guardia civil y no tienen suficiente dinero para que estudie una carrera, empieza a acudir al cortijo de las Rubias a que doña Elena- una profesora inhabilitada por haber simpatizado con la República- le enseñe mecanografía. La situación es un tanto complicada debido a que el padre y los hermanos de las Rubias, de las dueñas del cortijo, o bien murieron en la guerra o bien están exiliados o en el monte. La mala suerte quiere que la guardia civil asesine a uno de ellos un día cualquiera en el que Nino acude, como siempre, a tomar clases. Cuando llega al cortijo, el dolor y también el rencor que siente doña Catalina, la madre del fallecido, le hace espetarle cuando le ve que su padre asesinó a un convecino por la espalda. Nino, visiblemente afectado, escapa corriendo:

“corrí hasta el cruce y corrí después, porque no podía hacer otra cosa, sólo correr, correr hasta agotarme delante de la verdad, que era más veloz que yo, que era más fuerte que yo y ya me había alcanzado” (Ídem, 206). Apenas dos días después Nino va a ver a Pepe, quien le hace consciente del peso de su secreto, de la responsabilidad que, sin quererlo, tiene. Si le cuenta a su padre lo ocurrido, las Rubias e incluso su propia familia podría verse en graves problemas. Nino decide guardar el secreto principalmente por mantener a salvo a su padre, pues su amigo le ha explicado que en algún sentido su padre es también víctima de lo ocurrido. Cuando al día siguiente vuelve a la clase de doña Elena, quien confiesa no saber qué decirle para hacerle sentir mejor, Nino le pregunta “¿Usted se acuerda...? Me contó una vez la historia de un griego al que los dioses condenaron a cargar con una roca inmensa por una cuesta...”, a lo que su maestra responde “Claro- me sonrió - Sísifo” (Ídem, 237). Aunque, como escribe Camus en su versión del mito, fue precisamente la revelación de un secreto lo que condenó a Sísifo a cargar con dicha roca, Nino recibe tal secreto como un incómodo peso con el que tendrá que cargar día tras día.

No menos pesada es la roca a la que tiene que enfrentarse Lorenzo, ya que el hermano Salvador- su maestro - le acosa constantemente con preguntas trampa para que confiese su secreto: el paradero de su padre. Tal es el tormento de Lorenzo, el miedo que le da bajar la guardia y descubrir, sin proponérselo, a su padre, que acaba por hacer de su secreto su bien máspreciado: “Los secretos me unían a la gente como las raíces unen a los árboles a la tierra. Nunca supe exactamente en qué consistía mi secreto, pero mientras otros niños creían en la Virgen o en Franco, o en el Papa o en la Patria, yo creía en mis secretos. Tenía la sensación de que me estaba haciendo sabio” (Méndez, 145). En su estudio *Children and Society*, Malcolm Hill y Kay Tisdall aseguran que los amigos son uno de los principales ejes en los que los niños se apoyan para crear su propia identidad. Las principales cualidades que identifican en sus amigos y les hacen sentirse unidos a ellos son compartir juegos, caerse bien, ayudarse, hablar sobre asuntos personales y serse fieles (1997, 96). Lorenzo no puede confesar a sus amigos el secreto que guarda, no se siente apoyado y sus amigos no pueden ayudarle, lo que le hace sentirse desamparado: “lo único que lamenté después de aquello es no poder contar a mis amigos mi proeza” (Méndez, 125). Lo mismo le ocurre a Nino, quien en lugar de regodearse por saber la verdadera versión de la muerte de Miguel Sanchís, un militante comunista infiltrado en la guardia civil para proteger y ayudar clandestinamente a los maquis y a aquellos que colaboran con la resistencia, se calla y deja a su amigo Paquito hablar de lo que no sabe. De alguna manera, el no poder compartir sus inquietudes con los niños de su edad, les aleja de ellos pero, como dice Lorenzo, a la vez les hace sentir más “sabios”. Sus secretos, aunque

les angustien, les hacen crecer y madurar y los convierten en los verdaderos héroes de su historia, ya que el esfuerzo hecho por no revelar su verdad salva a su familia.

Sin embargo, el caso de Moncho es bien distinto. A parte de que su secreto le es impuesto al final del relato, él no comprende el por qué, no al menos en el momento más importante, cuando sus padres le piden que insulte a su querido maestro ocultando ante todo el pueblo el afecto que su familia le tiene. Su secreto, aunque ayude a salvar a su padre (acérrimo simpatizante de la República), le condena a traicionar a don Gregorio, un señor con cara de sapo pero más bueno que el pan. Manuel Rivas, al contrario que en el resto de los relatos, no narra ni reflexiona sobre lo que supone para Moncho esta vivencia, ni siquiera si su traición sirvió para algo y salvó a su padre de un futuro entre rejas o de una fosa común. Lo deja a la imaginación del lector ya que no es lo que con su historia quiere contar. Lo que Manuel Rivas quiere mostrar es la tragedia de ese secreto y en última instancia la forma en que Moncho intenta disculparse, de nuevo en secreto, ante su profesor llamándole “tilonorrinco”.

Estas tres historias enmarcan las vivencias de un niño en un “tiempo de silencio” en el que había que tener muy presente que aquello que se pensaba o se escuchaba en casa era totalmente independiente de lo que se podía o debía decir de puertas para afuera. Fueron niños que crecieron, como Lorenzo y Nino, interpretando un papel ante el mundo, poniéndose el traje de sus secretos. Estas tres historias nos muestran al niño como víctima empujando como Sísifo la gran roca que lleva a cuevas, pero también como héroe, por ser capaz de hacerla llegar hasta la cima, por más que vuelva a caer.

## **ANEXOS**

## **Mi abuela Glorita**





Era el revoloteo de los pájaros lo que impresionó la mente de Glorita. Entre la fascinación y el miedo quedó allí, en el silencio que seguía al estruendo de un disparo roto por el pjar y el aleteo de los pájaros huyendo en desbandada. Muchos años después, al recordar todo aquello, insiste en aquella imagen de su infancia: “mi madre siempre me decía que me alejara de la ventana, pero cuando no se daba cuenta yo me asomaba un poquito”. Cuando empezó la guerra, mi abuela contaba con apenas nueve años. Vivía con sus padres en Madrid, en un piso tan cercano al Cuartel de la Montaña que desde allí podían escucharse los gritos y los tiroteos cuando éste fue tomado el 19 de julio de 1936. Mi abuela cuenta que ella no entendía qué pasaba, nadie le contaba nada. Su padre desaparecía, su madre se quedaba hecha un amasijo de nervios y ella, muerta de miedo, se dejaba abrazar y miraba hacia la ventana. Aunque lo tuviera prohibido, no podía resistir la tentación de acercarse a observar la calle por las rendijas de la persiana. Intentaba localizar a su cotorrita que en los primeros bombazos, cuando aún estaban las ventanas abiertas, había escapado y nunca volvió a ver. Glorita no sabía que con su cotorrita se le había escapado también la vida tal y como la había conocido hasta entonces, pues desde ese momento ya no volvería a ser la misma.

Al preguntarle hoy por aquellos días, su memoria se resiente: “Se me ha olvidado... es que se me viene tanto a la memoria que me deshago. Se me hace una bola... una bola”. Ante mis preguntas intenta cavar entre la tierra que cubre las respuestas, apartar la niebla que no le deja recordar con claridad. Supongo que no es fácil desenterrar imágenes tan lejanas en el tiempo, especialmente cuando éstas nos devuelven al dolor y la angustia vivida en el pasado. La memoria es traicionera y a medida que pasan los años va achicando el ojo de la aguja, complicando la tarea de enhebrar el hilo. Hace aproximadamente un año, mi familia y yo decidimos intentar recopilar la información que teníamos de aquellos años. Muchos de nosotros no habíamos vivido durante la guerra, pero guardábamos algunos recuerdos que nos habían contado. Además, todavía tenemos familiares que fueron testigos del conflicto. Todavía era posible llenar el baúl con más recuerdos, dar puntadas a la historia de mi familia. Durante el proceso, cuando le preguntaba a mi abuela, me di cuenta de que al hablar de aquello insistía y todavía insiste en cómo vivió ella el estallido de la guerra, de lo sola que se sintió y cómo las penurias económicas cambiaron radicalmente su modo de vida: “de ser una niña cuidadita a no ser nada”, me ha dicho muchas veces. Cuando me hablaba de todo aquello, noté que insistía mucho en cómo se había sentido ella cuando era niña y de cómo intentaba sobreponerse a lo acontecido siendo útil para su familia. Me di cuenta de que, de alguna manera, la edad le había llevado de vuelta a aquella niña pequeña y, entre sus relatos, destacaban aquellos en los que se transmitía el miedo, la incomprensión y la sensación de haberlo perdido todo.

Por otro lado, también mostraba mucho interés en contar algunas anécdotas sobre cómo había ayudado a su familia o cómo había luchado a su manera contra aquellos que, según nos cuenta, se lo habían arrebatado todo.

Mi abuela Gloria pasó la guerra en Madrid y más tarde en un pueblo de Granada llamado Baza. Su padre se las había llevado allí a su madre, a su abuela y a ella una vez el frente de Andalucía Oriental se había estabilizado y había encontrado una casa en la que las acogieran y así poderlas tener cerca suyo. Cuando la guerra estalló, mi bisabuelo Paco (Francisco López) se alistó como voluntario en las milicias del Frente Popular y puso a disposición de la contienda la flota de camiones de su empresa para lo que fuera menester. Combatió en Madrid y más tarde en el sur, en Andalucía. Entre 1937 y 1938 la situación en Madrid, aunque no hubiera caído todavía en manos de los nacionales, era de extrema gravedad. La escasez había empezado a hacer estragos entre la población, de ahí que mi abuelo se las llevara en cuanto le fue posible a Baza (de todos era bien sabido que en los pueblos había más comida). La miseria había llegado a las calles de la capital y para conseguir alimentos había que hacer interminables colas que en muchas ocasiones eran sorprendidas por el sonido de las sirenas que alertaban sobre la llegada de aviones. Mi abuela recuerda que aquél sonido le daba pánico, pues cada vez que lo escuchaba ocurrían desgracias y siempre cabía la posibilidad de que en aquella ocasión le tocara a ella. Con el sonido de las alarmas todo el mundo tenía que correr a alguno de los múltiples refugios que había por toda la ciudad. Lo peor era cuando la alarma sonaba sin estar ni su padre ni su madre en casa, ya que tenía que irse con su abuela o sus madrinas y el no saber qué había sido de ellos durante su ausencia la consternaba. La mirada se le oscurece cuando se acuerda de las veces que fue a hacer cola con su madre para conseguir comida en uno de los puntos de racionamiento situado en el barrio de las Ventas. Podría pensarse que como en una guerra la muerte campa a sus anchas, los ojos que la miran de frente acaban por acostumbrarse a su presencia. Sin embargo, veo en los ojos de mi abuela el constante horror de la repetición de aquellas imágenes terribles que la hacían temer por el bien de sus padres y por la posibilidad de que, el día de mañana, su madre o su padre fueran aquellas personas que ella veía tiradas en el suelo. Este recuerdo le persigue y es muy recurrente en sus relatos sobre la guerra. En muchas ocasiones nos ha contado cómo, cuando iban a hacer cola con su madre, se encontraba con algunas personas a las que la muerte había sorprendido en la calle en días anteriores y seguían allí esperando a ser reconocidos por algún amigo o familiar. Le marcó especialmente la imagen de una mujer tendida sobre la Gran Vía a la que la gente rodeaba para no pisarla. Cuando sonaban las sirenas todos corrían hacia el local que después sería el Cine Azul, el refugio más cercano, para protegerse de los disparos o las explosiones de las bombas. Al salir, tenía que presenciar a las

víctimas que no habían podido resguardarse a tiempo. Dice que su madre le cogía fuerte de la mano y le decía que no mirase y siguiese andando. Cuando habla de ello siempre nos cuenta que el ver a aquellas personas le hacía pensar qué pasaría si a sus padres les pasara lo mismo y ella no fuera capaz de encontrarles para llevarles de vuelta a casa. Desde luego, por cómo cuenta todo aquello, sus ojos no fueron capaces de acostumbrarse a aquél horror entonces, pero tampoco ahora.

Cuando la guerra estaba prácticamente perdida, mi bisabuelo mandó a su familia de vuelta a Madrid. Les llevó a la estación desde la que partirían a la capital con apenas una bolsa con víveres para sobrevivir durante el trayecto, la cual les fue robada cuando no habían completado la mitad del viaje. No sabemos exactamente la fecha en la que cogieron ese tren, ni siquiera si al llegar las tropas franquistas habían tomado la capital. Lo que sí sabemos es que fue entre finales de febrero y principios de marzo, ya que los nacionales entraron en Alicante a finales de este mes y mi bisabuelo estaba allí. El puerto de Alicante estaba abarrotado de personas que esperaban escapar en barco, pero la gran mayoría de ellos-como mi bisabuelo- no pudieron hacerlo. El último barco que llegó fue el Stanbrook, un navío inglés que marchó con una carga mucho mayor de lo aconsejado y es que persona que embarcaba, persona que salvaba la vida. Contaba mi bisabuelo que en el mismo puerto, viendo acercarse a los italianos y consciente de que se lo iban a arrebatar, se quitó el reloj que por su boda le había regalado su mujer, lo pisó y lo tiró al mar. Afortunadamente la desesperación y la rabia le hicieron perder un reloj, pero no la vida. Al ver acercarse a las tropas nacionales muchos optaron por suicidarse antes de caer en sus manos. Mi bisabuelo fue hecho prisionero y llevado al campo de concentración de Albaterra. No sabemos con exactitud durante cuánto tiempo estuvo allí, debieron ser más de seis meses porque cuando arrestaron a su mujer (Martina García) él todavía no había aparecido. Tampoco sabemos la fecha exacta de la encarcelación de mi bisabuela. Debió ser a principios de agosto, apenas unos días antes de que ejecutaran a las llamadas Trece Rosas, ya que mi abuela recuerda que se puso muy triste al saber que no podría visitar a su madre durante un tiempo. Cuando se llevaban a estas jóvenes el 5 de agosto de 1939, sus compañeras las habían despedido cantando La Internacional a voz en grito, a raíz de lo cual habían castigado a todas las reclusas sin visitas. Su madre, al salir, poco le contó del horror vivido entre rejas pero siempre le cantaba diversas canciones que inventaban las compañeras con letras en las que denunciaban y se reían de su desgracia. A mi bisabuela nunca le dijeron la verdadera razón por la que se la llevaban o por qué la soltaron. Las cárceles y los campos de concentración estaban desbordados de gente y quizás a quién querrían encerrado era a mi bisabuelo, quien había participado de lleno en la contienda. Seguramente, cuando le buscaban, mi bisabuelo seguía en Albaterra rodeado de miles de compañeros, por lo que tanto para mi familia como para el

gobierno establecido en Madrid, Francisco López se encontraba en paradero desconocido. La excusa que le habían dado a mi bisabuela cuando se la llevaban era que habían encontrado en su posesión, durante el registro (o más bien el saqueo) que hicieron en su casa, unas sábanas robadas, afirmación por supuesto falsa.

Mi abuela nos ha contado en numerosas ocasiones y con gran orgullo sus épicas hazañas de aquellos días. Cuenta que, cuando el grupo de falangistas o requetés (no recuerda con claridad de qué facción eran) entraron en su casa revolviendo, rompiendo y llevándose lo que encontraban de cierto valor, estuvo apunto de pegarle una patada en el trasero a uno de ellos mientras rebuscaba en un baúl porque había empujado a su madre. Dice que ésta se dio cuenta e impidió que lo hiciera. También cuenta que su familia, desde que se llevaron a su madre, tenía la sospecha de que la había denunciado el hombre que regentaba la carbonería que había en frente de su inmueble. Se comentaba que había hecho lo propio con más de uno en el barrio. Por ello, cuando su abuela la dejaba salir un rato a la calle, se ponía a saltar a la comba frente a la carbonería. El comercio estaba presidido por un cartel que decía “se venden carbones de todas las clases” y mientras saltaba canturreaba una melodía inventada en la que incluía dicha frase pero a la hora de cantar “carbones”, gritaba “cabrones”. Veo en la repetición de dichas anécdotas la ilusión por librar su batalla, su guerra, en la que no habían republicanos o nacionales, sino personas de mala fe que atentaban contra el bienestar de su familia. Hace poco tiempo nos contó episodios vividos en Baza, durante la guerra, de los que nunca antes había hablado. Al parecer, su padre la había apuntado al colegio (mi bisabuelo siempre pensó que lo más importante era la educación) y allí les enseñaban qué hacer en caso de que se acercaran aviones. Mi abuela recuerda las indicaciones de los maestros, “si se acercaban los aviones teníamos que salir del colegio agachaditos, buscar un palo para morderlo y escondernos bajo los árboles”, tras lo que añade “yo me esforzaba mucho y la profesora decía así, así como Glorita”. Sea cierto o no, veo en tales detalles el deseo de sentirse útil, de colaborar en lo posible, de honrar a su familia. De hecho, más de una vez nos ha mostrado su orgullo por pasar hambre antes que apuntarse a la sección femenina de Falange, donde iban sus primas para merendar, a pesar de que su familia hubiese sido del bando de los defensores de la República.

Creo que, de alguna manera, el trauma sufrido durante la guerra ha condicionado directamente la actitud con la que mi abuela se ha enfrentado a la vejez. Cuando su salud comenzó a resentirse todos notamos cómo empezó a abandonarse, al menos no hizo muchos esfuerzos en reponerse y tratar de ganarle la batalla a lo que viniera. Cuando hace unos años le insistíamos en que tenía que sobreponerse a la situación, ella alguna vez nos contestó que estaba muy cansada y

que a las personas mayores había que cuidarlas. Tengo la impresión de que los meses en los que se sintió tan sola y desatendida durante la guerra le afectaron muchísimo y ese sentimiento ha resurgido en su vejez, lo que le ha hecho dejarse y buscar el cuidado de los suyos aun cuando podría valerse por si misma. Al hablar de su niñez siempre ha insistido en las atenciones que recibía por parte de su familia, los caprichos que le daban su madre y sus madrinas. De ser una niña muy mimada a la que llevaban siempre de punta en blanco a quedarse, como ella dice, sin nada. Su familia pasó de estar económicamente acomodada a perder prácticamente todo lo que tenían, lo que por supuesto modificó las atenciones a nivel material que se le hubieran proporcionado hasta 1936. Mi madre, cuando nos habla de su infancia, insiste en lo emperifolladas que mi abuela las llevaba a ella y a su hermana. Al empezar la guerra pasó de vestir como una muñequita a ver como un manjar las mondas de patatas fritas. Supongo que consciente o inconscientemente identificó lo material con la felicidad y procuró que sus hijos e incluso sus nietos tuviéramos todos los caprichos que se nos antojaban.

Como dice Almudena Grandes “la verdad es toda la verdad y no sólo una parte”. Mi abuela siempre fue una luchadora. La vida le puso muchas veces la zancadilla pero ella siempre procuró mantenerse y mostrarse como una mujer fuerte, quizás demasiado. Su hermano Paquito, al que estaba muy unida, murió con apenas diecinueve años, lo que fue un verdadero golpe. Su marido, mi abuelo, murió siendo bastante joven, dejando a dos hijas y al pequeño Ramón, que apenas sobrepasaba los diez años. Mi abuela intentó suplir esa falta dándoles lo que ella pensaba era una “vida mejor”, no escatimando en gastos y, por lo tanto, viviendo muy por encima de sus posibilidades. Tanto es así que la situación llegó a un punto en el que sus propios hijos tuvieron que intervenir, pues había entrado en un bucle del que le fue muy difícil salir. Fue a raíz de entonces que empezó a abandonarse, que empezó a dejar de luchar. Supongo que ya no quiso seguir siendo la fuerte y regresó a aquella época en la que fue más feliz, a su “paraíso perdido”, a su infancia.

Creo que los niños de la guerra, aquellas personas que vivieron aquellos años durante su infancia, fueron víctimas por partida doble. En primer lugar por haber tenido que vivirlo y en segundo lugar por el trauma que ello les supuso, lo que condicionó su vida y especialmente su vejez. Mi abuela, cuando niña, por no poder no podía ni entender lo que ocurría, ya que su familia la protegía con silencios. En aquella época el saber causaba dolor, pero además era peligroso. A día de hoy lo peligroso no es el saber, sino el no saber. No es el recuerdo lo que causa dolor, sino el olvido: el ver cómo sus padres, ellos mismos, y las barbaridades que les hicieron, las vejaciones a las que fueron sometidos, siguen sin ser juzgadas o al menos condenadas ante la justicia de su país.

**7 años**

**Paseo junto a un amigo por los alrededores del pueblo. Es un día cualquiera, un día aparentemente normal, si es que en guerra puede haberlos. Al llegar a una era vemos que en la de al lado hay un camión parado y varios guardias civiles al rededor. Me sorprende cuando veo a mi padre subido en él. En una pared no muy lejana se divisa una pintada que dice “Viva Cristo Rey”. Ésta será la última vez que vea a mi padre, pero en ese momento todavía no lo sé. Ni siquiera lo pienso, ni se me pasa por la cabeza. Tras pedir permiso se acerca, me abraza con fuerza, me besa y me da una serie de consejos que no olvidaré nunca y que guardaré conmigo, para mi, durante el resto de mis días.**

El día en que su padre desapareció, Francisco Soláns Pirla contaba con apenas siete años de edad. Vivía en Almudáfar, un pueblo de Huesca situado en la ribera del Cinca con su padre, su abuelo, sus tíos, su madre, su hermana pequeña y su futuro hermanito, pues en el momento en el que los hechos que relataré tuvieron lugar éste todavía se encontraba en el vientre de su madre. El día 4 de abril de 1938 Francisco Soláns Berché, alcalde pedáneo de Almudáfar y concejal del ayuntamiento de Osso, desaparece. Apenas unos días antes, cuando el ejército nacional todavía no había llegado a su pueblo, había decidido huir en bicicleta a Francia. Su idea era pedalear hasta Cataluña y de ahí cruzar la frontera pero cuando llegó a Almacellas se detuvo y decidió volver. ¿Por qué huir si él no había hecho nada malo? ¿Cómo dejar a su familia a su suerte con su mujer embarazada de ocho meses? La conciencia de Francisco Soláns tomó el manillar de su humilde medio de transporte y le hizo desandar el camino hasta entonces hecho. La última vez que su hijo le vio ignoraba que aquella era la última vez que le vería. Cuando su padre tomó la decisión de volver ignoraba que aquél sería su último viaje en bicicleta.

Gracias a la investigación que ha llevado a cabo Montse Soláns (hija de Francisco Soláns Pirla) así como a escasos y tardíos testimonios sobre lo ocurrido, se ha podido averiguar qué fue de Francisco Soláns Berché tras ser detenido. Su familia tuvo que lidiar durante décadas con su desaparición, intuyendo que había muerto pero sin ningún certificado de defunción que lo corroborase. En 1958, para intentar librar a su hijo pequeño del servicio militar, Josefa se armó de valor y reivindicó que le fuera entregado un documento certificado en el que se le reconociera su condición de viuda, ya que años atrás, en 1944, sus hijos José Alejandro y M<sup>a</sup> Luisa habían recibido una pequeña ayuda económica por su orfandad. A raíz de ello se le dio un informe harto tendencioso en el que se aseguraba que su marido había sido desaparecido y se lo había llevado una “patrulla de rojos”, tras lo cual se especificaba que éste había sido una persona “de orden” y que su familia simpatizaba con las derechas. Por supuesto todo aquello no era cierto, en primer lugar porque su

familia estaba en casa en ese momento y fue testigo de cómo la guardia civil se lo llevaba (así lo había corroborado uno de los vecinos que acompañó a Josefa y declaró ante el juzgado lo que sabía de la desaparición de su marido); y en segundo lugar porque todos sus hermanos habían sido más bien de izquierdas. Todo el pueblo sabía que Francisco Soláns había sido alcalde durante la República y que colaboraba o al menos simpatizaba con la CNT (Confederación Nacional del Trabajo), agrupación de ideología anarcosindicalista. Por consiguiente, la afirmación de que aquellos que se lo llevaron eran “rojos” carece de sentido alguno. Tuvieron que pasar veinte años para que a Josefa le reconocieran su condición de viuda y, con ello, se demostrara la muerte de su marido. Nunca se le aclaró a nivel institucional quién lo hizo, cómo ni dónde lo habían enterrado. De hecho tendrían que pasar más de cincuenta años para que la verdad, escondida durante tanto tiempo, saliera a la luz.

Otro día cualquiera, esta vez durante el año 2004, Francisco Soláns Pirla se encuentra en el bar de su pueblo jugando a cartas con sus vecinos. En medio de la partida, un convecino le espeta un tanto nervioso que tiene algo muy importante que decirle sobre su padre. Justo entonces la anterior partida acaba y le llaman para jugar de nuevo. “Después de la partida salimos fuera y me cuentas. Esta no es conversación de bar”, le responde. Su hija, que era también su gran confidente, le escucha relatar cómo a él, que anda mal de oído pero no de vista, se le habían tornado borrosas todas las cartas no dando pie con bola en aquella ocasión. No era para menos. “No quiero morirme sin contarte una cosa. Yo sé dónde está enterrado tu padre”. Al parecer, cuando apenas contaba con catorce años de edad, le había visto atado a un madero en la plaza del ayuntamiento de Osso aquel cuatro de abril. Años más tarde, durante un entierro en un pueblo cercano (Esplús), había escuchado cómo un hombre le había advertido a un amigo “no pises ahí, que está enterrado el de Almudáfar”. ¿Por qué se lo había callado durante todos aquellos años? ¿Por qué decidió contárselo precisamente entonces? ¿Por remordimiento? Sí, pero también por empatía: su hija, al igual que Josefa, se había quedado viuda hacía escaso tiempo. La tristeza en los ojos de sus dos nietas pequeñas debió recordarle la mirada de su vecino cuando niño. “Lo he tenido siempre en la cabeza y quiero que lo sepas. Está entrando en el cementerio de Esplús, a la izquierda. Si quieres un día sin decírselo a nadie nos acercamos los dos y te lo enseño”.

Poco se sabe de lo que vivió Francisco Soláns Berché desde que desapareció el día cuatro de abril hasta que fue enterrado el día cinco. Al parecer, el camión en el que lo llevaban se dirigió a Osso, al ayuntamiento. Una vez allí le dejaron atado en la calle a un poste, por lo que hubo varios testigos que le vieron. Una vecina, al darse cuenta de la suerte que podía correr, le instó a que



escapara: “Si me escapo me matan. Además yo no he hecho nada, prefiero que me hagan un juicio”, le había contestado. Pero aquél juicio nunca tuvo lugar. Al pensar en lo ocurrido Montse se lamenta: “mi abuelo, de noble, pecó de ingenuo”. Las guerras traen consigo historias terribles, tanto en pueblos como en ciudades. Pero así como en la ciudad el dolor y el rencor se apaciguan poco a poco, en los pueblos perviven por generaciones. Al margen de la irregularidad que reinó tanto durante la guerra como durante la posguerra, generalmente eran necesarias tres firmas de tres personas diferentes para que una persona fuera considerada enemiga o desafecta al régimen. ¿Cómo pudieron denunciar a sus vecinos sabiendo la suerte que éstos podían correr? Sin duda las guerras sacan lo peor del ser humano. Con la llegada de las tropas franquistas, el miedo a las represalias se expandió como el humo y hubo quien vio la oportunidad para hacer uso de un odio durante toda la guerra incubado. La familia de Montse siempre intuyó quiénes habían acusado a su padre y a pesar de que muchos sabían lo que había ocurrido, nunca nadie (hasta hace escasos años) les dio ninguna información. La suerte de Francisco Soláns Berché era un secreto a voces, tanto es así que a la misma Montse, durante su juventud, un hombre de Osso mientras recogían fruta le espetó “Ay... si yo te contara las barbaridades que esos hijos de puta le hicieron a tu abuelo”. Pero ahí se quedaba la cosa. De hecho, en una ocasión en la que el obispo fue a visitar el pueblo de Almudáfar y todos los balcones menos el de su familia se adornaron para recibirle, cuando el alcalde se acercó a preguntarle a qué se debía aquello su mujer le contestó muy digna que en aquella casa estaban de luto. Y las autoridades no pudieron por menos que callar, pues ya sabían bien todos a qué se refería con ello. En cualquier caso, aunque en un pueblo sea más complicado superar lo ocurrido, puesto que se vive puerta con puerta con los culpables de las tragedias del pasado, los hijos de Francisco Soláns Berché crecieron cerca de los hijos de aquellos que habían señalado a su padre, incluso por edad pudieron compartir alguna otra vivencia pero todos sabían el pasado que los separaba.

A raíz de la confesión en la que aquél vecino le indicó a Francisco Soláns Pirla el paradero de su padre se sucedieron una serie de coincidencias que les llevarían hasta la información de la que habían carecido hasta entonces. En marzo de 2004, el PSOE había ganado las elecciones generales y concretamente las municipales de Binéfar, pueblo en el que ya entonces vivía Montse. Apenas unas semanas después, había recibido un folleto en el que se le informaba de las medidas que a corto y largo plazo tenían intención de llevar a cabo. Entre ellas se hablaba de la Ley de la Memoria Histórica y especificaban que tenían a un experto en el tema trabajando en ello. Invitaban a todo aquél que quisiera recopilar o proporcionar información a ponerse en contacto con él; así que se acercó a la sede del partido para hacer lo propio. La casualidad quiso que esta persona, Joaquín Morillo, ya tuviera gran parte de la información que ella buscaba pues el destino de sus abuelos

estaba unido: habían sido enterrados el mismo día en el mismo lugar. Joaquín, como ella, había estado investigando sobre la muerte de su abuelo y recopiló todo dato que encontró por el camino por si a alguien pudiera serle útil en el futuro. En cualquier caso, la información que buscaba se encontraba en el archivo judicial de Fraga, situado en el Palacio de Montcada. Una vez allí, se encontró con una conocida, Ana, quien le aconsejó que contactara con algún escritor que estuviera investigando sobre el tema, ya que éstos tienen un mayor acceso a la información que allí guardan y pueden hacer fotocopias de los documentos que necesitan. Días después contactó con Francisco Tejero Costa, que era profesor como ella y que precisamente estaba escribiendo un libro sobre la Guerra Civil en el bajo Cinca. Una vez más, la casualidad quiso que esa misma persona tuviera en sus manos diversos documentos sobre su familia, como la solicitud del certificado de viudedad de su abuela con el informe en el que las autoridades certificaban su versión sobre lo ocurrido. Gracias a Joaquín Morillo, quien había contactado con el enterrador de Esplús, se pudo confirmar cuándo y en qué lugar Francisco Soláns Berché había sido enterrado. Por aquellas fechas llegó a sus oídos un tercer testimonio que añadiría la última pieza al puzzle de esta historia. Unos meses más tarde de la desaparición de Francisco Soláns Berché, dos mujeres de Osso fueron detenidas por la guardia civil. Yendo por el antiguo camino de Belver a Esplús, uno de los guardias civiles que las llevaban señaló una curva del camino y comentó: “mira, ahí matamos al de Almudáfar”. Ambas, tras pasar un tiempo en la cárcel, se habían exiliado a Francia. Una de ellas, poco antes de morir, le había pedido a sus familiares que le trajeran un poco de tierra de España, quería irse llevándose consigo a su tierra añorada. Cuando fue a verla uno de sus sobrinos, que también es familiar de Francisco Soláns, le dio un mensaje que debería transmitirle a su primo: que ella había visto cómo señalaban el lugar exacto donde habían matado a su padre y que había tenido que morderse la lengua porque ellos ni siquiera sabían que estaban hablando de un familiar suyo. Joaquín Morillo había averiguado que a cinco de los que habían enterrado con él los habían matado en la tapia del cementerio tras haberles hecho comer pólvora. Este nuevo testimonio añadía que, si bien Francisco Soláns Berché había sido enterrado con ellos el mismo día, había muerto solo en el camino antes de llegar al cementerio. Nada se sabe a ciencia cierta de lo que sucedió desde que lo desataron del madero de la plaza del ayuntamiento hasta su fallecimiento, todo son suposiciones. Se cree que pudo haber sido torturado, de ahí que tuvieran que matarlo antes si quiera de llegar al cementerio como los demás. De los cinco allí enterrados, hay familias que han preferido mantenerse al margen. A día de hoy hay colocadas dos placas en su recuerdo en la columna que está enfrente de los nichos que fueron contruidos sobre el lugar donde los enterraron.

La desaparición de Francisco Soláns Berché marcó de por vida a toda su familia. A partir de entonces, sobre todo cuando lo ocurrido estaba más reciente, las fiestas ya no eran tanto motivo de alegría como de angustia y nostalgia porque él no podía celebrarlas con los suyos. Su hijo recordaba especialmente el día en que nació su hermano pequeño, pues su llegada estuvo rodeada de tristeza por la ausencia del padre, hacía apenas unas semanas que lo habían visto por última vez. Dicen que no hay amor que supere al que un niño tiene por su padre a la edad de siete años. De alguna manera, para su familia, Francisco Soláns se convirtió en poco menos que un dios, pero también en un tema tabú. Si bien es cierto que el miedo no les impedía hablar de política de puertas para adentro (de hecho en su casa solían sintonizar la famosa Radio Pirenaica y eran antifranquistas hasta la médula), entre ellos nunca comentaban el episodio de la desaparición de su padre. El hablar de aquella tragedia, pensaban, sólo podía traer dolor y decidieron guardar sus recuerdos y cavilaciones a nivel individual. Sin embargo, tanto su abuela como su padre, encontraron en Montse la persona con la que compartir sus inquietudes al respecto, aunque siempre por separado. Su padre, cuando se quedaban solos, muchas veces le sacaba el tema. De hecho, un día Montse, tras leerse *Réquiem por un campesino español*, decidió dejárselo a su padre al encontrar en él muchas similitudes con su historia. Así debió ser porque su madre, al verlo con los ojos hinchados durante días, le pidió que no le alentara a revivir aquello más, pensaba que sólo le aportaba sufrimiento.

¿Qué consejos le dio Francisco Soláns Berché a su hijo aquél cuatro de abril? Debieron ser palabras sabias y reconciliadoras, porque creció siendo una persona muy afectiva y prudente que procuró no hacer mal a ninguno. Cuenta su hija que aquél episodio de su infancia supuso un trauma que nunca pudo superar. Nunca soportó ver películas en las que se mostraran escenas con una violencia explícita. Nunca pudo pisar un cementerio, no al menos hasta que descubrió dónde estaba su padre. Ella siempre pensó, o deseó, que el encontrar a su abuelo y desenterrar la verdad durante tanto tiempo escondida, ignorada, le permitiría a su padre cerrar su herida. Y de alguna forma le sirvió, le trajo paz, pero no se llevó consigo la tristeza que le había perseguido. Según Montse, cuando de niño le arrebataron a su padre, le habían arrebatado también la felicidad. Disfrutó de su vida, se enamoró de Pilar, su compañera desde jóvenes, a quien siempre estuvo muy unido, quiso a su familia con todo el corazón: “la familia es lo más importante, te lo digo yo, que me ha faltado”; pero lo cierto es que, a pesar de ello, nada pudo llenar ese vacío. Francisco Soláns Pirla murió el pasado 8 de febrero de 2013 acompañado por los suyos, sin embargo su padre le seguía faltando. Una de sus mayores preocupaciones era que nadie se olvidara del lugar donde le habían asesinado: “Pero, ¿se lo has enseñado a Jose Ignacio? (su marido)”. El finalmente saber dónde y la certeza de que los que se quedaban lo recordarían le permitió irse más tranquilo. El recuerdo mantiene vivas a

las personas, dicen que existimos porque alguien piensa en nosotros y no al revés. En este sentido Francisco Soláns Pirla mantuvo con vida a su padre durante años y años, hasta el final. Una de las últimas cosas que le dijo a su familia, ya en su lecho de muerte, fue que aquél día, el día que todo cambió, él solamente tenía “siete años”.

El día de su velatorio familiares, amigos y vecinos le despidieron como a él le hubiera gustado: acompañado de su padre. Su hija había colocado a su lado la última fotografía que se hicieron, tomada apenas unas semanas antes de la desaparición de su padre y en la que se le veía junto a él, su madre embarazada de su hermano menor y su hermana pequeña. De algún modo se le hizo presente y se le dio el adiós que nunca había podido tener. A modo de homenaje, una vez acabado el entierro, Montse, su marido e hijos llevaron al lugar que su padre les había pedido recordar la corona de flores que habían comprado para despedirle. Días más tarde, tal y como le había prometido a su padre, habló con sus tíos sobre aquello que él, por no hacerles daño, nunca les había contado.

Su nieto Nacho, al que adoraba, recuerda un día en que su abuelo le llevó a los coches de choque de la feria. Antes de que se subiera, ya con las fichas en la mano, su abuelo se le acercó y a modo de consejo le pidió algo que no debería aplicar sólo a aquella atracción, sino a sí mismo: “pero tú no choques”. Esta anécdota que podría haber pasado desapercibida por banal, me parece describe a la perfección a este hombre. Seguramente aquél último consejo que recibió de su padre no distaba mucho del que le dio casi una vida después a su nieto.

Pero tú no choques.

**Una vez pierdo a mi padre de vista, alejándose por el camino encima de aquél camión, vuelvo a casa cavilando qué ha podido pasar. Mientras ando pienso que quizás lo llevaban a la cárcel, pero cuando llego a casa los gritos y el llanto de mi madre y de mi tía me hacen comprender que aquél camión no llevaba a mi padre a ninguna parte, ni siquiera entre rejas, sino a un lugar del ya que no podrá volver. Desde hoy mi vida nunca más será la misma.**



## CONCLUSIÓN

Este trabajo nace con las historias de Gloria López y Francisco Soláns, una niña de ciudad y un niño de pueblo a los que lo vivido durante la guerra ha perseguido hasta su vejez. Hace apenas un año, recopilando información para reconstruir la historia de mis bisabuelos maternos, tuve una serie de conversaciones con mi abuela Gloria. A través de sus relatos percibí su necesidad de transmitirme lo que ella sentía en aquellos días y cómo lidiaba con la situación luchando contra el enemigo a su manera. Por otro lado, al compartir con un amigo las experiencias de mi abuela, me contó que a su propio abuelo un vecino del pueblo le había confesado hacía escasos años el lugar en el que habían fusilado y enterrado a su padre, en paradero desconocido desde 1938.

Reconozco mi debilidad por la narrativa de la Guerra Civil, cuyas lecturas me permitieron identificar sus historias con las de nuestros abuelos, los niños de la guerra. Libros y películas como los que analizo en este estudio, así como la evidente presión social que existe en España actualmente para que se juzguen estos hechos, me empujaron a abordar este tema en mi trabajo final. Un trabajo en el que he pretendido mostrar cómo la realidad alimenta la ficción y cómo la ficción nos descubre realidades que, a veces, no sabemos leer, identificar, en nuestra vida. Cuando escuché la historia de Francisco Solans me pareció sacada de una novela. Almudena Grandes confiesa en las últimas páginas de *El lector de Julio Verne* que Nino está inspirado en su amigo Cristino. A raíz de este trabajo, me enteré de que en Castellonzuelo, un pueblo del Somontano de Barbastro (Huesca), un hombre había permanecido escondido en su casa desde la guerra. Solamente su mujer y su hija sabían de su paradero, ni siquiera su yerno. Para las primeras elecciones (ignoro si las generales o del “sí a la Constitución”), salió a la calle por primera vez después de tantos años del brazo de su mujer y su hija. Imagino la reacción de sus vecinos... ¡estaban viendo a un fantasma nada menos!

*El lector de Julio Verne, Los girasoles ciegos y La lengua de las mariposas* reflejan a nuestros abuelos como lo que fueron: héroes, víctimas. Nosotros, la generación de los nietos, incluso de los bisnietos, podemos intentar recuperar su historia, reivindicar el fin de su sufrimiento, pedir que los crímenes cometidos sean juzgados. Pero la realidad es que, como bien dice Susan Sontag, los que no vivimos la guerra no podemos entender, ni siquiera imaginar lo que supuso. Dice Lorenzo que “el miedo, como la voz queda, desdibuja los sonidos porque el lado oscuro de las cosas sólo puede expresarse con silencio” (Méndez, 115). Los que les escuchamos intentaremos recuperar parte de su dolor con palabras. Lo vivido, en sus ojos queda.

## **Agradecimientos**

Este trabajo puede llevar mi nombre, pero no es sólo mío. En él han colaborado muchas personas, ya sea con sus historias, con sus ideas o con sus dibujos.

A mis padres, porque este ha sido en algún sentido un trabajo a tres manos. A Montse Soláns y su familia, por compartir conmigo su historia. A Lorraine Ryan y Francis Lough, porque sus clases y sus consejos me ayudaron a conocer mejor la narrativa de la Guerra Civil. A mi amiga María, futura profesora que me encantaría haber tenido.

Pero especialmente a mi abuela Gloria y a Francisco Soláns, porque sin su historia este trabajo ni siquiera existiría.



## Bibliografía

### Textos

Grandes, Almudena. (2012) *El lector de Julio Verne*. Madrid: Tusquets.

Méndez, Alberto. (2001) *Los girasoles ciegos*. Barcelona: Anagrama.

Rivas, Manuel. (1996) *¿Qué me quieres, amor?* Madrid: Alfaguara.

### Estudios

Abella, R. (1985) *La vida cotidiana en España bajo el régimen de Franco*. Barcelona: Argos Vergara.

Alted Vigil, A. (2003) «Los niños de la Guerra Civil ». *Anales de Historia Contemporánea*, Vol. 9, Madrid, pp. 43-58.

Belmonte, J. (2013). «El peso y la sombra de la Guerra Civil española en la narrativa para jóvenes». *Ocnos*, Vol. 9, pp. 121-139.

<http://www.revista.uclm.es/index.php/ocnos/article/view/229>

Bernal, S., Escribano, F., Ferrándiz, F., Solé, Q. (2013) *Antonio Benaiges, el profesor que prometió el mar*. Blume.

<http://www.blume.es/catalogo/1016-antoni-benaiges-el-maestro-que-prometio-el-mar-9788498016949.html>

Bórquez, N. (2011) «Memoria, infancia y guerra civil: el mundo narrativo de Ana María Matute ». *Olívar*, Vol. 12, Nº 16, p. 161.

- Cazorla-Sánchez, A. (2009) *Fear and Progress: Ordinary Lives in Franco's Spain (1936-1975)*. Oxford: Blackwell.
- Colmenero, R. (2008) «Del posicionamiento a la reconciliación: una visión del cine actual sobre la guerra civil». *Historia Abierta*, Nº 40, pp. 35-38.
- Cuñado, I. (2007) «Despertar tras la amnesia: guerra civil y postmemoria en la novela española del siglo XXI», *Dissidences. Hispanic Journal of Theory and Criticism*, Vol. 3 Nº 1, p. 125  
Recuperado el 15 de abril de 2013  
<<http://www.dissidences/guerracivilpostmemoria.html>>
- Goleman, D. (1996) *La inteligencia emocional*. Barcelona: Kairos.
- Gómez-Quiñones, A. (2006) *La guerra persistente. Memoria, violencia y utopía: representaciones contemporáneas de la Guerra Civil española*. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana.
- Hernández Beltrán, J. C. (2007) «Los maestros de la República. Memoria y olvido en tiempos de libertad». *Foro de Educación*, Nº 9, pp. 153-168.
- Hill, M., Tisdall, K. (1997) *Children and Society*. London: Longman.
- James, A., Prout, A. (1997) *Constructing and reconstructing childhood. Contemporary issues in the sociological study of childhood.*, Hong Kong: Falmer Press.
- Lang, J. (1983) *La novela española de posguerra 1939-1975*. Frankfurt: Verlag Klaus Dieter Vervuert.
- Lough, F. (2007) «La lengua de las mariposas: Symbolic Structures in Social and Ideological Contexts». *The Journal of Symbolism. An International Annual of Critical Aesthetics (Special Section: Cinema, Symbolism, and the Contemporary Subject*. Ed. Roy Boyne), Vol. 7, pp. 149-168.
- Mills, J., Mills, R. (2000) *Childhood Studies: A reader in perspectives of childhood*. London/New York: Routledge.

Palomares, J. (2012) «Literatura y poder: una interpretación en clave simbólica de *Los girasoles ciegos*» s. *Impossibilia*, Nº 3, 136-149.

Roncero Moreno, F. (2009) «La Guerra Civil a través del cine español de ficción: una mirada desde la democracia». *Publicaciones de la Universidad de Castilla-La Mancha*. España.

Ruiz de Arcaute, J. (2013) «Insensibles». *Las horas perdidas*. Crítica.

Recuperado el 16 de junio de 2013

<http://www.lashorasperdidas.com/index.php/2013/06/16/insensibles/>

Ryan, L. (2012) «The Development of Child Subjectivity in *La lengua de las mariposas*», *Hispania*, Vol. 95, Nº 3, pp. 448-460.

Thomas, S. (2001) «Ghostly Affinities: Child Subjectivity and Spectral Presences in *El espíritu de la colmena* and *El espinazo del diablo*». *Hispanet Journal*, Vol. 4.

Yela Fernández. O. R. (2013) «Infancias vulneradas en las guerras civiles de España y Guatemala. Una revisión desde el cine. *El futuro del pasado*». *Revista electrónica de Historia*, Vol. 4. Recuperado el 20 de junio de 2013.

<http://www.elfuturodelpasado.com/ojs/index.php/FdP/article/view/147>.